

19 – Esperanza

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

Hechos 24: 14-15 = Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman heréjia, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas; teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.

Esperanza en Dios, sin dudar nada. NTV lo expresa así: **Pero admito que soy seguidor del Camino, al cual ellos llaman secta. Adoro al Dios de nuestros antepasados y firmemente creo en la ley judía y en todo lo que escribieron los profetas. Tengo la misma esperanza en Dios que la que tienen estos hombres, la esperanza de que él resucitará tanto a los justos como a los injustos.** Lo repite igual, como para que no queden dudas: **esperanza en Dios.**

La palabra **esperanza** suele parecer pequeña frente al peso de la realidad, pero en verdad es una de las fuerzas más decisivas que atraviesan la historia humana. No es un simple optimismo ingenuo ni una emoción pasajera que aparece cuando las cosas salen bien. Es, más bien, una disposición profunda del alma, una orientación de la vida hacia un sentido que trasciende lo inmediato. En un mundo marcado por la incertidumbre, las crisis sociales, la fragmentación y el cansancio existencial, la esperanza no es un lujo espiritual: es una necesidad estructural del ser humano. Desde una mirada bíblica, la esperanza no se presenta como evasión de la realidad, sino como una forma de habitarla con otra perspectiva. No niega el dolor ni la injusticia; los reconoce, pero no les concede la última palabra. En el corazón del mensaje del Reino de Dios hay una afirmación radical: la realidad no está cerrada, no está condenada al caos ni al absurdo, sino que está abierta a la restauración, a la redención, a una transformación que comienza ahora y se proyecta hacia lo eterno. Esta visión no es religiosa en el sentido institucional o ritualista; es profundamente existencial. Apela a la conciencia, a la ética y a la responsabilidad personal y colectiva. La esperanza bíblica tiene una característica interesante: **no depende de las circunstancias externas.** Esto la diferencia del optimismo común. El optimismo dice: "todo va a salir bien". La esperanza dice: "aunque no salga como espero, hay un propósito mayor que sostiene mi vida". Es una confianza activa, no una pasividad resignada. Por eso, lejos de volver a las personas indiferentes, las vuelve más comprometidas. Quien tiene esperanza no se cruza de brazos; se involucra, construye, repara, acompaña.

En términos sociales, la ausencia de esperanza genera apatía, cinismo o violencia. Cuando una comunidad pierde la convicción de que el futuro puede ser mejor, se instala una lógica de supervivencia inmediata: "sálvese quien pueda". Esto se traduce en corrupción, desigualdad y ruptura de vínculos. En cambio, cuando la esperanza está viva, incluso en contextos difíciles, aparecen gestos concretos de solidaridad, cooperación y creatividad. La historia está llena de ejemplos donde, en medio de crisis profundas, surgieron movimientos que cambiaron realidades porque alguien —o un grupo— decidió creer que valía la pena intentarlo. Ahora bien, hablar de esperanza sin caer en discursos vacíos requiere anclarla en prácticas concretas. No alcanza con decir "hay que tener esperanza"; **es necesario aprender a cultivarla.** Y aquí la dimensión espiritual y bíblica ofrece recursos muy valiosos, no como dogmas rígidos, sino como herramientas de vida. Uno de esos recursos es **la memoria.** Recordar no solo lo malo, sino también lo bueno: los momentos en los que hubo provisión, ayuda, salida inesperada. La memoria ordenada fortalece la esperanza, porque muestra que la historia personal y colectiva no es una sucesión de fracasos, sino un entramado donde también hay señales de cuidado y sentido. En términos simples: si antes hubo luz en medio de la oscuridad, es razonable esperar que vuelva a haberla. Otro recurso es la palabra. No solo la palabra leída o escuchada, sino la palabra dicha. Lo que una persona dice, especialmente sobre sí misma y sobre los demás, influye en su percepción de la realidad. No se trata de repetir frases

vacías como un mantra, sino de alinear el lenguaje con la verdad y la vida. Hablar con esperanza no es negar los problemas, sino evitar que los problemas definan completamente la narrativa. Un ejemplo cotidiano: no es lo mismo decir “todo está perdido” que decir “esto está difícil, pero no es el final”. También está la acción. La esperanza se fortalece cuando se traduce en pequeños actos concretos. Ayudar a alguien, ordenar un espacio, terminar una tarea pendiente, escuchar con atención a otra persona. Puede parecer insignificante, pero no lo es. La acción rompe la inercia de la desesperanza. Es como encender una luz en una habitación oscura: no elimina toda la oscuridad del mundo, pero cambia completamente el ambiente inmediato. Y, por supuesto, está la relación con Dios entendida no como un ritual obligatorio, sino como un vínculo real, cotidiano. La esperanza bíblica tiene su raíz en la confianza en un Dios que no es indiferente a la historia humana. Esto no significa que todo sea fácil ni que no haya sufrimiento, sino que la vida no está abandonada al azar. La oración, en este sentido, no es un escape, sino un espacio de encuentro, de alineación interior, de descanso y de claridad. A veces no cambia las circunstancias de inmediato, pero cambia la manera en que una persona se posiciona frente a ellas. Desde un enfoque ideológico objetivo, la esperanza también tiene un rol político y cultural, aunque no partidario. Una sociedad que pierde la esperanza se vuelve manipulable, porque el miedo ocupa el lugar de la visión. En cambio, una sociedad que cultiva esperanza crítica —no ingenua— es capaz de cuestionar, proponer y construir alternativas. La esperanza no es enemiga del pensamiento crítico; al contrario, lo necesita. No se trata de creer cualquier cosa, sino de discernir, evaluar y actuar con responsabilidad. Ahora bien, sería ingenuo ignorar que hay momentos donde la esperanza parece agotarse. Días en los que todo pesa, en los que las noticias abruman, en los que la vida personal se complica. En esos momentos, la esperanza no siempre se siente como una llama encendida; a veces es apenas una brasa. Y está bien. La esperanza no exige perfección emocional. No necesita entusiasmo constante. A veces alcanza con no rendirse del todo, con dar un paso más, con sostener una pequeña convicción: “esto no termina acá”. Incluso hay un cierto sentido del humor saludable que ayuda a sostener la esperanza. No se trata de burlarse del dolor, sino de no perder la capacidad de reír, de relativizar, de ver lo absurdo de algunas situaciones humanas. **El humor bien entendido es una forma de resistencia.** Es como decir: “esto es difícil, pero no me va a robar completamente la alegría”. Hay algo profundamente espiritual en poder sonreír en medio de la tensión, no como negación, sino como afirmación de que la vida es más grande que el problema. También es importante reconocer que la esperanza no es individualista. Se fortalece en comunidad. Nadie sostiene la esperanza todo el tiempo por sí solo. Hay momentos en los que uno necesita que otro crea un poco más. Una palabra de aliento, una presencia, un gesto simple pueden reavivar lo que parecía apagado. En ese sentido, cada persona tiene la posibilidad de ser portadora de esperanza para otros, no desde una superioridad moral, sino desde la empatía y la cercanía. El mensaje del Reino de Dios propone precisamente esto: una vida donde la justicia, la misericordia y la verdad no sean ideales abstractos, sino prácticas concretas. La esperanza, entonces, no es solo esperar algo que vendrá, sino **participar activamente en lo que ya está comenzando a manifestarse.** Es vivir de tal manera que el futuro esperado tenga señales visibles en el presente. Para aterrizar todo esto en lo práctico, se pueden considerar algunas acciones simples que ayudan a cultivar esperanza en la vida diaria:

- Establecer momentos de silencio y reflexión, aunque sean breves, para ordenar pensamientos y emociones.
- Leer textos que alimenten la mente y el espíritu, no solo información que genere ansiedad.
- Cuidar las relaciones, priorizando la escucha y el respeto.
- Limitar la exposición constante a noticias negativas sin dejar de estar informado.
- Practicar la gratitud de manera concreta, identificando cosas reales por las que dar gracias cada día.
- Involucrarse en alguna acción solidaria, por pequeña que sea.
- Aprender a descansar, entendiendo que no todo depende del esfuerzo humano.

Nada de esto elimina los problemas estructurales del mundo, pero sí transforma la manera en que las personas los enfrentan. Y esa transformación, multiplicada, tiene impacto real. En última instancia, la esperanza está profundamente ligada al sentido. Cuando una persona encuentra un propósito —aunque sea sencillo—, la vida adquiere dirección. Y ese propósito, desde la perspectiva del evangelio del Reino, no se reduce al éxito personal, sino que incluye el bienestar de

otros, la justicia y la reconciliación. La humanidad necesita esperanza no como consigna, sino como experiencia. Una esperanza que no niegue la realidad, pero que tampoco se someta a ella. Una esperanza que piense, que sienta, que actúe. **Una esperanza que no dependa de modas ni de discursos, sino de una convicción profunda:** la vida tiene valor, tiene sentido y está abierta a la redención. Y si todo esto suena muy grande, se puede empezar por algo sencillo: hoy, en medio de lo que toque vivir, elegir no cerrar el corazón. Porque la esperanza, al fin y al cabo, no siempre llega como un gran anuncio. A veces aparece en forma de decisión pequeña, casi silenciosa, que dice: “voy a seguir creyendo que hay algo bueno por delante”. Y esa decisión, repetida día tras día, tiene un poder transformador mucho mayor de lo que parece.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
